

## IV.

## LA NOCHE.—LA VELADA.—EL SUEÑO.

Es de *noche*.

En Madrid, durante el invierno, comienza la gran vida; empieza el verdadero día social; principian las doradas *horas* en que el gas, el petróleo, la luz eléctrica ó la estearina hacen olvidar todos los decantados esplendores del sol.—Regresan á sus casas los que han sido paseantes en coche, á caballo ó á pie, así como los que han pasado la tarde en las Cortes, en la Bolsa, en el Bolsín, en las oficinas, en los escritorios particulares, en el *Veloz-Club* ó en otros casinos más ó menos veloces...—Vístense por tercera vez las señoras (y aún se vestirán por cuarta, si es noche de baile); pónense el frac los caballeros, y, á cosa de las siete, acude á comer la mitad del personal co-

nocido á casa de la otra mitad. Es decir, que, en más de tres mil casas, la comida constituye una verdadera fiesta, casi un banquete, y hasta sin casi en muchísimas de ellas. La inimitable *conversación* de Madrid; esta conversación que, por su originalidad no buscada, por su variedad característica y por sus espontáneos primores, no tiene igual en el mundo y se deja cien leguas atrás la famosa *causerie* francesa, igual en todas las bocas, hija del calco y la imitación, árida como el egoísmo y llena de violentísimas paradojas; la conversación madrileña, repito, fluye entonces como un río de oro entre los comensales, y el chiste culto, el arranque de sentimiento, la inocente burla, el grito de verdadero entusiasmo, la ingeniosa agudeza, la genuína gracia, el donoso requiebro alegran ó conmueven á todos aquellos personajes de verdad, que realmente aman, creen, odian, sufren y opinan; que están dispuestos, no sólo á matarse, sino á morirse, en aras de los afectos que tan amena y festivamente dilucidan en sus chispeantes disputas...

De ocho y media á nueve, veinte ó treinta mil almas ocupan los teatros. El resto de la población de levita se disemina por cafés, casinos y tertulias, armándose en éstas los muchos millares de partidas de tresillo, de dominó ó de lotería en que olvidan los hombres todos los cuidados de la jornada, para no pensar más que en el valor de un naipe, en el palo de una ficha ó en el número de un boliche.

Estas horas de la *velada* madrileña, que se van como agua, aunque en realidad andan al mismo paso que todas, son también, en teatros ó tertulias, las del amor cortesano y las de la creación de la fama ó reputaciones.—Durante ellas, se reunen y se hablan, ó no se hablan y se miran, ó no se miran, pero se ven, los que con el tiempo han de ser mujer y marido. Entonces se juzgan los cuadros, las comedias, las batallas, los libros, los discursos, y se forman ó se deshacen las celebridades de la patria. Entonces la murmuración ó la alabanza dan ó quitan la honra... Entonces reciben el vano galar-

dón del aplauso ajeno, el dinero, el lujo, la elegancia, la querida costosa, la buena suerte en el desaffo, la cartera (aunque sea inmerecida), el donativo (aunque proceda de dinero robado)... Entonces, para decirlo de una vez, hace sus balances y liquidaciones la sociedad, casi siempre con ligereza, error é injusticia.—Afortunadamente, además del tribunal público, existe el tribunal de la propia conciencia.

Á la *velada* de provincias llegan confusos ecos de la *velada* de Madrid, tergiversados más y más por falta de memoria ó de buena fe de tal ó cual viajero, ó por falta de entendimiento ó de caridad de tal ó cual periódico; con lo que la fama corre toda la nación, mudando continuamente de forma, como los acróbatas corren á caballo mudando continuamente de traje, y la llamada *gloria* es cosa fantástica y gratuita que no merecería grandes afanes, si no fuera acompañada, á veces, de *provecho*.—Pero siempre resulta, y es á lo que vamos en el presente artículo, que nada hay tan chistoso para un cortesano, cuando no se aburre, como

oir juzgar en una tertulia ó casino de provincias á los grandes hombres ó á las grandes mujeres de Madrid...—Recuerdo que en un cuento denominado *La Belleza ideal*, hablé ya de estas cosas...—¡Compradlo, y no lo habremos perdido todo!

Todavía, en pueblos subalternos, mucha gente comienza los quehaceres de la *velada* por ir al Rosario á la parroquia respectiva. Visítanse luego algunas comadres y hablan de los cuidados ajenos. Los novios formales entran en casa de sus suegros futuros, y, sentándose al brasero junto á la *niña boba*, señora de sus pensamientos (quien sabe más que todas las parisienses habidas y por haber), le habla al oído hasta la *hora de la queda*, mientras que el padre, la madre ó el hermano de la beldad dan cabezadas en el polo opuesto de la tarima, pidiendo á Dios que se case pronto el ya medio atontolinado pretendiente, y suspirando en el interin por que les deje aquella noche cenar y acostarse.

Resumiendo: la *velada* es la hora de la vida *ideal*, que no me atreveré á llamar

*fingida*, pues no considero mucho más real la de los afanes calificados de serios y positivos.—Quiero significar con esto, que, durante la *velada*, unos gastan las *horas* en el teatro, prestando suma atención á imaginarios lances inventados por embustero poeta; otros libran á los azares del juego, con mucha fe en la *judía*, la *contra-judía*, la *martingala* y otras cadenas de la suerte, la efectividad de su posición y de la de su familia; otros dedican largos discursos á la exposición de recetas políticas ó filosóficas con que labrar la dicha del género humano, sean cualesquiera las leyes naturales ó providenciales, y otros cifran en la posesión del cuerpo de su novia el talismán de la aventura de toda la vida...; por lo que hay algunos que prolongan la *velada* hasta el amanecer y pelan la pava y aun el pavo por la reja, hasta que el escudero de Marte da el grito de alarma...

Sigue la *danza de las horas*, aquella danza representada en un famoso cuadro por doce ninfas con alas de mariposa, que juegan al corro como unas devanaderas,

y llega, por fin, para todos, más tarde ó más temprano, la primera hora del *sueño*, que conduce al hombre á otra vida también ficticia...—Porque, una de dos: ó durmiendo *soñamos*, en cuyo caso vivimos en perpetua falsedad todo aquel tiempo, ó no *soñamos*, en cuyo caso no vivimos, sino que yacemos en muerte anticipada.—¡Ah! ¿qué es dormir con ensueños ó sin ellos? ¿qué es ese estado en que pasamos la tercera parte de la llamada existencia? ¿Difiere mucho de las otras dos terceras partes de nuestra vida? —¡Tal vez es una misma cosa! ¡tal vez se reduce todo á *matar* el tiempo, como lo mata, con cualquier distracción pueril, aquél que, á la mitad de penoso viaje, tiene que hacer alto en pobre ventorrillo!

Y, si no, decidme: ¿qué fuera la estancia sobre la tierra, sin esto que llamáis las *costumbres* y que yo he solido llamar *entretenimientos del ocio*? ¿Qué fuera la vida, sin las necesidades convencionales, arbitrarias y fútiles del lujo, de la erudición y de otras sandeces? ¿En qué emplearíamos las horas del destierro en este

planeta, ya demasiado conocido, si no hubiéramos inventado tantas prendas de ropa, tantas alhajas, tantas artes, tantas ciencias, tantas categorías, tantas condecoraciones, tantas ceremonias, tantos cumplidos y tantas palabras huecas?

Indudablemente, lo único grave y serio de la vida es la vida misma, ó sea el propio hecho de vivir; el hecho de éste nuestro incomprensible viaje; el hecho de encontrarnos de paso en el presente mundo, donde dijo Espronceda (y fué lo que mejor dijo):

«Que, siendo al alma la materia odiosa,  
Aquí, para vivir en santa calma,  
Ó sobra la materia, ó sobre el alma.»

Julio de 1884.

